

---

---

# Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana



Dibujos de Abelardo Culebro

• Lorenzo Meyer

---

---

## 1. La Edad de Oro

El análisis histórico de la política exterior de México se ha concentrado de manera extraordinaria en la relación con Estados Unidos. Esta concentración del interés mexicano es enteramente comprensible e inevitable. A partir del fracaso de Francia a mediados del siglo pasado para integrar a México a su área de influencia, el grueso de las relaciones económicas y políticas de México con el mundo exterior se fueron concentrando en los Estados Unidos.

En la actualidad, y pese a los esfuerzos de diversificación del gobierno mexicano a partir de los años sesenta, México se encuentra plantado de manera clara en el centro de la esfera de influencia norteamericana. El grueso del intercambio comercial de México con el exterior tiene lugar con Estados Unidos (dos terceras partes), de Estados Unidos proviene el grueso de la inversión externa (las tres cuartas partes), y otros indicadores socioeconómicos apuntan en la misma dirección: migración, turismo, patrones culturales, tecnología, información, etc.

Sin embargo, el medio internacional de México ha sido más rico de lo que la historiografía parece sugerir. Al principio el siglo, las inversiones europeas en su conjunto, y quizá en lo individual, eran más importantes que las norteamericanas. Todavía en la segunda década de este siglo, ciertos países europeos consideraron viable y conveniente seguir en México políticas independientes e incluso contrarias a las de Estados Unidos. Los gobernantes me-

xicanos trataron de alentar estos desafíos a la “Doctrina Monroe” como una forma de mantener, y quizá ensanchar, el espacio para una independencia relativa frente a los Estados Unidos.

Debido a su indiscutible predominio en el contexto internacional en el momento en que México surgió a la vida independiente —principios del siglo XIX— Gran Bretaña resultó ser la potencia europea con la presencia sustantiva más prolongada en México en el siglo pasado. Todavía en el segundo decenio de este siglo, sus intereses materiales en México eran muy similares, o, incluso superiores, a los de los norteamericanos. Esa notable inversión fue administrada por un puñado de súbditos de Su Majestad Británica, que en su mejor momento —1910— sólo llegó a tener en México 5,274 almas. No necesitaba más, pues en México, como en el resto de América Latina, esta inversión estaba montada en una infraestructura cuyo mantenimiento y costo corría a cargo de la sociedad local. Una de las características del *imperio informal*, como se ha llamado a la presencia y acción de Gran Bretaña en América Latina, fue su bajo costo.

La destrucción del antiguo régimen en México coincidió, para mala fortuna de los británicos, con el momento en que Estados Unidos iba a establecer definitivamente su posición como la gran potencia mundial a raíz de su participación en la Gran Guerra de 1914-1918, guerra que, por otro lado, afectó negativamente la posición relativa de Gran Bretaña en el concier-

to mundial. Así pues, en el corto período de ocho años —1910 a 1918— las condiciones fundamentales que hicieron prosperar al capital británico en México a fines del siglo XIX, quedaron modificadas o destruidas. Y aunque a partir de 1920 el orden retornaría poco a poco, para la mayoría de las grandes inversiones británicas y europeas en México, ya no fue posible volver al *status quo ante*.

A diferencia de otros países europeos y de Estados Unidos, Gran Bretaña se mostró dispuesta a no aceptar a la Revolución Mexicana iniciada en 1910 como un hecho irreversible y con el cual había que llegar a un arreglo. Ninguna otra potencia tuvo una posición de principio tan hostil a la Revolución Mexicana como la encabezada por la Foreign Office. Afortunadamente para los revolucionarios mexicanos, el contexto mundial —en particular la relación anglo-americana— no permitió a los responsables de la política exterior británica dedicar mucho tiempo y, menos aún energía, a resolver el “problema mexicano” y torcer el rumbo de la revolución y su nacionalismo. Para 1910, Gran Bretaña, por sí sola no tenía los recursos necesarios para enfrentar militarmente a la Revolución Mexicana y tampoco el beneplácito del gobierno de Washington para llevar a cabo tamaña acción. De ahí que sus esfuerzos contrarrevolucionarios se centraran en buscar una acción conjunta con Estados Unidos contra México, o en apoyar y esperar que la reacción mexicana acabara con el proyecto revolucionario. Este trabajo busca destacar la naturaleza del conflicto entre México y Gran Bretaña que se inició